

Un “chancho” por cuatro “perras”*

Miguel Sáenz

Miguel Sáenz señala las convergencias y divergencias que existen entre el español peninsular y, en especial, el del Río de la Plata a la hora de traducir. Y no solamente literatura, su especialidad. Advierte con sagacidad, la necesidad de la “responsabilidad de su idioma” que no debe provocar disputas estériles en función de intereses locales sino acciones conjuntas en beneficio de la lengua española. Los traductores son agentes privilegiados para lograr este fortalecimiento del idioma del que afirma sirve para entendernos. Pero pregunta a continuación “¿de verdad hablamos el mismo idioma?”

Según datos estadísticos del Ministerio de Cultura, el 33 por 100 de los españoles no lee *jamás* un libro. En esas condiciones, plantearse el problema de la influencia de las traducciones en la calidad del idioma hablado o escrito parece un tanto ilusorio. La cifra es aterradora pero, para el traductor, hasta cierto punto tranquilizante: nadie podrá acusarlos de estar corrompiendo el lenguaje. Además, *él* no forma parte de esa masa cuasianalfabeta: traducir— se ha dicho muchas veces— es la forma más atenta de leer, aunque sea “la más difícil, la más ingrata y la peor pagada”.¹

Sin embargo, no sólo se traducen libros. La televisión llega a todas partes, y si la mitad de los españoles dicen hoy “informar de que”, “pienso de que” y otras salvajadas es porque un buen porcentaje de locutores (queístas y dequeístas a contramano) hablan así. ¿Por qué se nos ha llenado de repente el lenguaje de esos horribles y anafóricos “el mismo, la misma”, a los que la Real Academia (con más razón que un santo) prefiere “cualquier otra solución”²? Sí, la influencia de la televisión es irresistible y, sin embargo, ¿quiénes traducen las ininteligibles noticias que nos brindan? ¿Quiénes perpetran los diálogos de los telefilmes? ¿Qué control existe de la calidad de esas traducciones y quién podría citar siquiera el nombre de uno de los traductores? Y en

otros países iberoamericanos la situación no parece ser mejor... por no hablar de los canales “hispanos” de la televisión estadounidense, verdadera antología diaria del disparate.

Teniendo en cuenta que el 50, por 100 de los españoles no lee periódicos ni revistas (*cualquier* periódico, *cualquier* revista) y que tampoco lo hace el 59 por 100 de las españolas, los traductores de noticias y artículos de prensa podrían sentirse más aliviados, si no fuera porque la gente que *habla* por televisión (políticos, famosos de toda laya) sí que lee periódicos o revistas (no es tan seguro que lea libros). Por eso, las “Tunicias” con que, por ejemplo, nos obsequia “El País” pueden hacer mucho daño, y por eso hemos olvidado ya que es tan difícil “cesar” o “dimitir” a alguien como suicidarlo y nos pasamos la vida “nominando” películas para el Oscar. En cuanto a los locutores de radio (y quienes traducen lo que farfullan en medio de etcéteras), tampoco están libres de culpa: el 55 por 100 de los madrileños, por lo menos, escucha la radio todos los días...

Claro está que primero habría que ponerse de acuerdo sobre qué es “calidad de idioma”. Nada más descorazonador que librar batallas que, un buen día, se revelan inútiles. ¿De qué nos sirvió explicar pacientemente durante años a *numerosos* traductores que “numerosos” no sig-

nificaba "muchos" si, de buenas a primeras, el Diccionario de la Lengua resolvió que sí, que lo significaba? ¿Para qué nos esforzamos en explicar a todo el que se ponía a tiro lo que era realmente una "alternativa" si de pronto la Real Academia decidió dejarnos en ridículo haciendo la palabra igualmente aplicable a "cada una de las cosas entre las cuales se opta"?

Lo verdaderamente terrible de luchar por la calidad del idioma es que el terreno es movedizo y hay que tener el valor de revisar constantemente las propias convicciones. Como ha subrayado García Yebra, la diferencia entre un préstamo útil y un extranjerismo puede ser sutil³ y, en definitiva, la decisión sólo podrá basarse en la que es la primera virtud del traductor: el sentido común. En otros tiempos, el español fue un idioma acogedor que ejercía su hospitalidad con largueza, consciente de su genio y su personalidad. Hoy todo son declaraciones de principios y protestas de limpieza de sangre, mientras se toleran en la práctica las invasiones subrepticias y las contaminaciones vergonzantes.

A los españoles solía servirnos de consuelo la desgracia ajena, al considerar que en otros países iberoamericanos estaban mucho peor...

Pero eso no es hoy tan seguro. Antes carcajeábamos de los telefilmes doblados en ultramar y de los aviatorios "chequéame la propela", pero era, sencillamente, porque no sabíamos inglés. En cuanto el español de pie ligó con un par de turistas, descifró dos letras de rock o siguió un curso acelerado en el British, su propio idioma se convirtió en algo igualmente detestable: su virtud anterior no era firmeza moral sino simple falta de oportunidades...

Y eso revive, subsidiariamente, el problema de saber si existe un sólo idioma español o tantos idiomas como países hispanohablantes. La respuesta no es clara y, desde luego, no puede darse sin matizaciones. Es evidente que nos entendemos, pero ¿de verdad hablamos *el mismo idioma*?

Las Naciones Unidas y, en general, los organismos internacionales, parecen haber demostrado que sí. Sé muy bien que hablar del español de esos organismos puede parecer sacrilego a algunos traductores literarios exquisitos, pero aquí sería necesario poner unos cuantos puntos sobre otras tantas fés. Es cierto que las traducciones de los organismos internacionales son a veces lamentables, pero: a) no hay que olvidar que toda traducción es, muy orteguianamente, esa traducción y

sus circunstancias, y que no es lo mismo dedicar un par de meses a pulir un soneto de Shakespeare que traducir una resolución del Consejo de Seguridad a las tres de la mañana, mientras los cañones están planchando Beirut; b) con las traducciones de las Naciones Unidas ocurre lo que con las propias Naciones Unidas: se ven sus fracasos espectaculares y su impotencia, pero no sus logros callados, cotidianos e importantes.

El Servicio de Traducción al Español de la Secretaría de las Naciones Unidas en Nueva York quizá sea uno de los ejemplos más significativos de la posibilidad de un idioma común. Allí conviven y traducen (en franca mayoría) argentinos y españoles con otros muchos traductores de los restantes países iberoamericanos, y entre todos, arrempujando, han conseguido encontrar un idioma digno, que las personas cultas de todos esos países reconocen como suyo. Es cierto que se trata de un lenguaje básicamente político, económico y administrativo, y no lo es menos que ha estado y sigue estando lleno de extraños tabúes y de curiosas manías (¿por qué no se puede "llamar la atención" de nadie sobre nada? ¿Por qué —cuando no hay ninguna posibilidad de confusión— no se puede ha-

Es cierto que las traducciones de los organismos internacionales son a veces lamentables, pero: a) no hay que olvidar que toda traducción es, muy orteguianamente, esa traducción y sus circunstancias, y que no es lo mismo dedicar un par de meses a pulir un soneto de Shakespeare que traducir una resolución del Consejo de Seguridad a las tres de la mañana, mientras los cañones están planchando Beirut; b) con las traducciones de las Naciones Unidas ocurre lo que con las propias Naciones Unidas: se ven sus fracasos espectaculares y su impotencia, pero no sus logros callados, cotidianos e importantes.

blar de "décadas" y sí siempre, únicamente, de "decenios"? Hasta hay quién afirma, con argumentos peregrinos, que no existe *el* futuro sino sólo *lo* futuro...). Sin embargo, es un idioma español y, digámoslo sin ambages, un idioma bastante bueno, aunque no sea difícil encontrar aquí y allá (comenzando por la propia Carta de las Naciones Unidas) traducciones esperpénticas.

No obstante, cuando se pasa al campo de la traducción literaria, la existencia de un solo idioma español no es tan indudable. Y cuando el original recurre al lenguaje coloquial o al dialecto ¿qué puede hacer el sufrido traductor?. ¿No tendrá que decidirse por alguno de los múltiples sublenguajes rurales o urbanos de Iberoamérica?.

Puede afirmarse de entrada que una localización excesiva indicaría ya que la traducción no es buena. Un berlinés o un londinense *no pueden* hablar (ni siquiera en español) como un habitante de México, D. F. o Buenos Aires. Al traducir el *Berlín Alexanderplatz*, que data de 1929, me tropecé con ese problema: la espléndida novela de Döblin está escrita en su mayor parte en berlinés de la época, pero parecía evidente que yo no podía verterla al madrileño castizo de aquellos años. La única traducción española digna de tal nombre⁴, hecha sólo tres años después de la publicación del original, fue para mí una fuente estimable de terminología, porque su autor (cuando entendía el texto alemán) mostraba un sentido nada común de las equivalencias. Sin embargo, allí encontré también algunos de los ejemplos más increíbles de ambientación abusiva con que me he tropezado en mi vida: los personajes del hampa berlinesa no sólo dicen cosas como "arreando que es gerundio" o "este tfo es más agarrao que un pasamanos", sino que, en

momento dado, la protagonista exclama, en la más pura tradición arnichesca: "Eso se lo cuenta usted a la Cibeles, que está en Madrid!".

La cuestión del coloquialismo es difícil y no tiene una solución satisfactoria. Lo que sí es defendible es que no será una buena traducción aquella que necesite (como necesitan muchas traducciones argentinas en España y viceversa) un corrector de localismos para poder presentarse al público del otro continente.

Y éste parece el momento más oportuno para llevar la contraria a mis conciudadanos. Reconozcámoslo, el traductor español, con raras excepciones, parece estar convencido de que casi todo lo que se hace en los países iberoamericanos en ese campo es malo, pero la realidad es que tiene pocos motivos para adoptar esa actitud santimoniosa.

Verdad es que, hace veinticinco o treinta años, padecimos en España un aluvión de traducciones sudamericanas aberrantes. Era la época de las parodias de "La Codorniz" (la de aquella novela francesa: "oh mi querida, que tú eres bella con tu pequeña blusa toda blanca", etc) y personalmente, conservo un recuerdo imborrable de un relato de ambiente bélico (no sé si de Saint-Exupéry o de Jules Roy), cuyo héroe se pasaba todo el tiempo "decolando al alba para bombardear la usina de rulemanes a bolilla".

Con todo, hay que hacer algunas puntualizaciones. En primer lugar, el ciudadano español tiene una deuda de gratitud con las editoriales argentinas porque, para bien o para mal, fue a través de aquellas traducciones como conoció su Sartre, su Kafka y hasta su Joyce (sobre la influencia de un Faulkner mal traducido en algunos escritores españoles se ha hablado ya muchas veces). Pero es que, además, ¿eran mejores las traducciones españolas

de la época? ¿Pueden parangonarse *Las palmeras salvajes* traducidas por Borges con un confuso *Pylon* editado en España que jamás he querido volver a leer? ¿Y aquella versión, pecaminosamente devorada, de *Por quién doblan las campanas*, serían más deleznable que una críptica *Fiesta* que fue, durante muchos años, el único Hemingway publicado en este país? Un poco de seriedad.

A diferencia del *novelista* español, que tuvo que comprender un día, duramente, que sus colegas del otro lado del Atlántico le daban ciento y raya, y supo reaccionar, el *traductor* español suele conservar su complejo de conquistador del XVI, y hora es ya de hacer un acto de contrición y modestia. Por otra parte, la calidad de una traducción argentina solía medirse por el número de "chanchos", "frazadas" y "polleras" que aparecían en sus páginas, criterio estimable pero poco decisivo. Es muy probable que muchas de aquellas traducciones fueran pésimas, pero no sólo por esas razones. Y lo mismo habría que decir a los compañeros americanos que se rasgan las vestiduras cuando en una versión española se habla, por ejemplo, de "perras gordas" o "chicas"...

Todo lo cual parece llevar, insensiblemente, hacia la necesidad de una colaboración, no sólo posible y conveniente sino incluso inevitable. Todos hablamos y escribimos un español, bueno o malo (más bien malo) y todos tenemos que luchar por él. Los medios pueden ser múltiples, pero algunos resultan evidentes *a priori*.

En primer lugar, hace falta una intervención oficial (sólo lingüística) en las televisiones, en las que rara vez existe un departamento que se ocupe del idioma o se plantee siquiera esa cuestión. Si se quiere que los hispanohablantes hablen

español, hace falta que los locutores se expresen como académicos (como debieran expresarse los académicos) y que los doblajes de las películas sean hechos por profesionales competentes. Dése publicidad a sus nombres y concédaseles el reconocimiento (y la retribución) que merecen. Y pídanse también, en caso necesario, sus cabezas.

Algo más difícil es el problema de la prensa. ¿Quiénes elaboran esos misteriosos "manuales de estilo" que —cuando existen— suelen contener algunas hermosas barbaridades? ¿Por qué no cunde el ejemplo de algunos diarios que mantienen una sección —al menos semanal— dedicada a los problemas del idioma? El lenguaje interesa (todo aficionado a los crucigramas es ya un lingüista en potencia) y sólo hace falta cultivar la curiosidad del lector y darle la conciencia y el orgullo de su idioma.

Reuniones internacionales también, claro, congresos y seminarios... pero no sólo para viajar gratis, practicar el autobombo o irse de copas. Ponencias y trabajos, pero serios, publicados luego y ampliamente difundidos. Contactos, no sólo con académicos, profesores y gentes del gremio, sino también con escritores (esos fustigadores incansables del idioma), técnicos y científicos.

Escuelas de traducción... Hay quien pretende que el traducir (que no es más que escribir con pie forzado) no puede aprenderse, pero es rigurosamente falso: lo que ocurre es que casi todo el mundo aprende (cuando aprende) por el camino más

arduo. ¿No sería viable un gran Instituto Iberoamericano de Traducción?

Los premios del Ministerio de Cultura español son una iniciativa loable pero, ¿por qué no instituir otros de ámbito iberoamericano para traductores... y editoriales? No hace falta que sean muchos ni que estén exageradamente dotados: los traductores, seres "más bien melancólicos y dubitativos", como afirma Monterroso⁵, se alimentan también de gloria.

Y críticas. Ha llegado el momento de derribar falsos prestigios que no resisten el más somero cotejo, de averiguar por qué algunos autores extranjeros no han tenido nunca éxito en nuestros países y, sobre todo, de que el posible lector sepa que libros *no* debe comprar porque nada tienen que ver con lo que pretenden ser.

Por último, habría que lograr que todo hispanohablante se sintiera *responsable* de su idioma. No todos pueden saber inglés, francés y alemán, pero toda persona medianamente culta tiene que darse cuenta de cuándo están pisoteando sus sembrados. Y la única forma que tiene el ciudadano de defenderse de quienes intentan robarle la palabra o cambiársela por un objeto sin brillo y sin valor es la denuncia o —si el vocablo resulta poco simpático— la acusación. Hay que escribir cartas a los periódicos y emisoras, poner el grito en el cielo cuando se compruebe alguna atrocidad lingüística, desmascarar a tiempo las corruptelas sinuosas...

Los traductores iberoamericanos

podemos hacer mucho, y lo primero es juntar los codos. Renunciemos a nuestros orgullos nacionales: nadie tiene el patrimonio de la lengua y nadie traduce mejor que nadie, y lo que está en juego es una de las pocas riquezas que, si permanecemos unidos, nadie podrá arrebatarnos. El español —todos estamos de acuerdo— es una lengua maravillosa. ¿No vale la pena conservarla? Al fin y al cabo, como escribió un día Octavio Paz, "aprender a hablar no es más que aprender a traducir"⁶.

* El presente texto se basa en una comunicación presentada al *Primer Congreso Iberoamericano de Traductores* (Madrid, 1982), sobre el tema "La calidad de las traducciones y su influencia en la calidad de la lengua hablada y escrita". Desgraciadamente, no parece haber perdido actualidad.

1. Gabriel García Márquez: "Los pobres traductores buenos", *El País*, 21 de junio de 1982.

2. Real Academia Española: *Esbozo de una Nueva Gramática de la Lengua Española*, Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1978, pág. 212.

3. Valentín García Yebra: *Teoría y práctica de la traducción*, Editorial Gredos, Madrid, 1982, vol. 1, págs. 334 y sigs.

4. Alfredo (sic) Döblin: *Berlín, Plaza de Alejandro* (Traducción de Manuel Gutiérrez Marín). Dédalo, Ediciones y Publicaciones, Madrid.

5. Augusto Monterroso: "Sobre la traducción de algunos títulos". *Quimera*, núm. 21/22, julio-agosto de 1982, pág. 30 (Incluido en *La palabra mágica*, Muchnik Editores, Barcelona, 1985, págs. 89 y sigs.).

6. Octavio Paz: *Traducción: literatura y literalidad*. Tusquets Editores, Barcelona, 1971, pág. 7.

Miguel Sáenz es traductor y asesor literario. Ha traducido diversas obras literarias del alemán, especialmente casi toda la obra del escritor austríaco contemporáneo Thomas Bernhard de quien acaba de publicar una biografía (*Thomas Bernhard*, Madrid, Siruela, 1996).

Lo verdaderamente terrible de luchar por la calidad del idioma es que el terreno es movido y hay que tener el valor de revisar constantemente las propias convicciones.
